

Porfirio, para educarlo, al lado de D. Benito; ya les afean que se junten con los lerdistas; ya al mismo Porfirio le indican que se separe de ustedes; ya les proponen á ustedes una fusion, sin concederles ninguna influencia en el Gobierno; ya les prometen á ustedes que si ustedes triunfan, contarán con sus consejos como antiguos porfiristas; ya les pintan las consecuencias de la revolucion como personalmente funestas para ustedes; ya. . . . ¿para qué es cansarse? Hasta se enojan los juaristas porque ustedes no quieren escucharlos; esa es amistad, y si no, ¿qué han sacado ustedes de los lerdistas? ¿Ni un diputado! ántes bien les han escamoteado algunos.

El Nigromante.—Tambien ellos nos dan consejos, y usted.

La Voz.—Cómo no dárselos cuando ustedes á la hora suprema se cruzan de brazos! Disuelven sus clubs, no hablan de revolucion, no intrigan con los diputados, ni con los jefes contrarios. . . .

El Nigromante.—Despidiéndome por hoy, diré á vd. que el partido liberal ha cumplido trabajando por su programa y formándose con la arma al brazo; la direccion de las operaciones depende ya de los jefes.

La Voz.—¿Pero si éstos no dirigen? Entónces escucharán y seguirán los buenos consejos.

El Nigromante.—Entónces á los consejeros dirémos, como un soldado á quien su mujer no queria dar de cenar: cuchara me habian de dar, que sopas como las tuyas, me sobran.

Julio 20 de 1871.

LA VERDAD Y EL LENGUAJE

“LA VOZ DE MÉXICO,” EL NIGROMANTE.

EL Nigromante.—¡Señora, Señora!

La Voz.—Adios, Señor Nigromante.

El Nigromante.—No me salude usted y se despida con una sola palabra; charlemos un poco.

La Voz.—Voy á misa.

El Nigromante.—Todavía no abren la iglesia.

La Voz.—Voy á comulgar; la conversacion de usted no seria el mejor preparativo!

El Nigromante.—Acaso lo disfrutará usted mejor en la sacristía. . . . pero, no desecharé esta oportunidad para ver en el alma pura de usted, en esa alma que va á unirse con su Dios, la verdad de esas aseveraciones que acaba de formular usted en uno de sus artículos de hoy, en los cuales creo tanto como en otros que usted me pondera.

La Voz.—Si he dicho algo, debe ser infalible, porque el partido absolutista es infalible. ¿He dicho otra cosa? Dios me perdone esta curiosidad.

El Nigromante.—Eso mismo ha dicho usted, y otras cosas; las principales son, que todos los enemigos del absolutismo *queremos hacernos del poder, perpetuarnos en el poder, medrar*

con el poder. De donde infiero rectamente, que los absolutistas político-religiosos de México, *ni quieren hacerse del poder, ni perpetuarse en el poder, ni medrar con el poder.* Infiero.....

La Voz.—¿Cuáles son las últimas inferencias de usted? porque se me hace tarde.

El Nigromante.—*Absolutismo é infalibilidad*, son dos cosas equivalentes: estamos de acuerdo. Enumerémos los principales resultados. ¿El Papa es infalible?

La Voz.—Sí; y ¿qué con eso?

El Nigromante.—¿El Concilio es infalible? No vacile usted. ¿Fué un Concilio el declarador de la infalibilidad?

La Voz.—Sí.

El Nigromante.—¿La Iglesia es infalible?

La Voz.—¿Qué entiende usted por Iglesia?

El Nigromante.—Lo mismo que ustedes entienden por Iglesia.

La Voz.—¿Lo mismo? Pues..... es infalible.

El Nigromante.—Y los absolutistas, sean ó no sean católicos, son infalibles?

La Voz.—No comprendo el objeto de la pregunta.

El Nigromante.—Mejor, así contestará usted de buena fe..... Pero no quiero comprometerla á que me conteste, no. *Una asociacion que tiene principios fijos, verdades eternas, máximas perdurables, doctrinas que pasando á través de todos los errores, son para la humanidad la única tabla de salvamento, y que por lo mismo es y debe ser absolutista*, no es verdad, señora, que esa asociacion no puede engañarse ni engañarnos? Vamos, no sea usted modesta.

La Voz.—Somos infalibles.

El Nigromante.—Tambien deben serlo todos los depositarios del poder absoluto.

La Voz.—Tambien los monarcas absolutos son infalibles.

El Nigromante.—Algunos de éstos han dado á ustedes los católicos muy buenos porrazos.

La Voz.—Espérese usted, hombre! Los monarcas absolutos son..... son infalibles en los negocios del mundo..... y

siempre que sometan sus resoluciones á la del soberano Pontífice.

El Nigromante.—A pesar de esa cercenadura, no sé qué hacer con tanto infalible! Veo que es más fácil ser infalible que ser diputado. Basta quererlo; de un solo salto absolutista é infalible..... me voy animando..... zas.....

La Voz.—Conténgase! Los absolutistas somos infalibles, pero sometidos al soberano Pontífice.

El Nigromante.—Yo no quiero sumision, porque entónces no seré absoluto ni infalible. Me declaro Iglesia.

La Voz.—Tambien depende del soberano Pontífice.

El Nigromante.—Pues me acojo al Concilio.

La Voz.—Ya cedió su antigua soberanía al soberano Pontífice.

El Nigromante.—En resúmen, ¿no hay más que un infalible?

La Voz.—Cada uno en su esfera.....

El Nigromante.—Pasemos á otro punto. Los conservadores de México *infalibles, absolutistas é intolerantes* en su esfera, ¿de cuándo acá no quieren hacerse del poder? No corresponde de derecho el poder á los intolerantes, absolutistas é infalibles? ¿Lo quieren? Sí ó nó.

La Voz.—Queremos lo que nos pertenece.

El Nigromante.—Los intolerantes, infalibles y absolutistas, ¿querrán perpetuarse en el poder?

La Voz.—Como todos, chico; además, que nos pertenece.

El Nigromante.—Y..... ¿no medrarán con el poder?

La Voz.—Eso no!..... Mire usted, hermano, todos tenemos nuestras debilidades.....

El Nigromante.—Mire usted, hermana, lo mismo que sus contrarios; ustedes quieren hacerse del poder, perpetuarse en el poder, medrar con el poder. En eso nos parecemos todos, y tenemos razon cuando empollamos tan magníficos deseos. La diferencia entre ustedes y nosotros, consiste en que ustedes quieren ejercer el despotismo más intolerante sobre los pensamientos y sobre las acciones, miéntas que nosotros gri-

tamos: nadie es infalible, nadie puede mandar á su antojo, debemos tolerarnos mutuamente!

La Voz.—Pero, en la práctica?

El Nigromante.—En la práctica cada uno avanza hasta donde puede, con sus piés, con muletas, en asno, en ferrocarril, en globo. Ustedes nos cortan los piés, y un jefe nos dice: no hay más que un caballo para mí; unas mulas para mis hijos; los demás, síganme como puedan.

La Voz.—Con razon el mundo está tan lleno de males!

El Nigromante.—Creo que los males han disminuido, pero suponiéndolos iguales á los antiguos, vuelva usted la vista á los bienes!..... Sobre todo, señora, donde quiera que los prisioneros mueren, donde se insulta á los proletarios que buscan un aumento de salario, donde se roba á los ignorantes con acciones sobre el ferrocarril del cielo, allí se ciernen como buitres vuestros principios de absolutismo, infalibilidad é intolerancia; donde se perdona, donde el trabajo se cambia fácilmente en pan, donde nadie vive de engañar á sus semejantes, donde la humanidad sonríe, es porque en el horizonte aparecen la libertad y la ilustracion y la tolerancia. ¿Qué me dice usted de esos liberales de San Luis, que quieren perder con gloria ántes que mancharse, uniéndose al partido lerdista?

La Voz.—¿Me sale usted con unas sandeces! ¿Qué me importan los chismes de ustedes los impios?

El Nigromante.—Escuche usted. Yo soy positivista: todo hombre que no es infalible, absoluto ni intolerante, debe ser positivista; es decir, debe buscar la realidad de las cosas. ¿Qué cosa es la gloria? no la gloria de ustedes, que es cualquier cosa. La gloria mundana representa los elogios que dirigen á un hombre por algunas de sus acciones; es una buena fama. Yo, como todo bicho parlante y escribiente, he sido fabricante de gloria; recuerdo que al lado de Prieto y de Payno he tejido algunas coronas de laurel y de rosas que el amor ó la *política* nos han encomendado en sus diversiones para algunos jumentos; no le tengo mucha fe á la gloria! Pe-

ro, en fin, anda en el comercio tan abundante, que si un prefecto hace una eleccion falsa en una villa, pide al Gobierno del Distrito que le mande dos quintales de gloria; con guirnaldas de ese árbol recompensa Tancredo á Caton todas las noches; y cuando ustedes publican el remitido de algun devoto, éste hace que su mujer le corone de gloria; sea por la gloria. No obstante, yo protesto que cuando me meto en una empresa difícil, es por vencer, y no por la gloria; lo que no quiero es perder. Hay en San Luis un partido liberal, ardiente, ameritado, jóven; habla, escribe, pelea; éste sabe que la gloria es una flor que suele sembrar el viento sobre la tumba; éste seguirá la suerte de sus hermanos. Hay otro partido burocrático, que es sólo intriga; que no ha sabido conquistarse ni á los ricos ni á los pobres; que ya nos ha traicionado; este partido puede perder como quiera; puede ser que Prieto conserve algunas de nuestras coronas.

La Voz.—No se exalte vd. ¿Qué culpa tengo yo de todo eso?

El Nigromante.—El culpable soy yo. Sí, yo que con tanta timidez me he servido de un lenguaje varonil y desnudo; yo que he afectado respeto por esas vestiduras retóricas con que tantos ocultan la deformidad de sus ideas; yo que quiero ser pudoroso entre viejos y zánganos.

La Voz.—¿Jesus, qué insultos!

El Nigromante.—No lo digo por vd., mi buena amiga. Escuche y la dejo. Comencé mi vida viendo las cosas como no son; no me valia de mis ojos! ¿Poesía amatoria, poesía religiosa, poesía política y hasta poesía gastronómica! Todo poesía. Un dia vi el cadáver de una mujer; ésta fué víctima de una herida, y en el anfiteatro de un hospital esperaba las observaciones de la ciencia. Jóven ella y hermosa, conservaba la sonrisa de sus sueños; su cabellera descendia en torrentes hasta el suelo; y sólo el velo de un rayo solar flotaba sobre sus formas. Junto á ella, ¡oh profanacion! descansaban los restos de un soldado. Llegó el profesor; los alumnos incendiaron el cabello; hiciéronse algunos estudios sobre diversas regiones, y todas estas partes

se llamaban por sus nombres. Al fin se mezclaron las de la mujer con las del soldado. Ya ántes me habia dedicado á las ciencias naturales, y conservaba la mortificacion de que en ellas no habia logrado emplear ni mi teología, ni mi metafísica, ni mi fraseología retórica, ni la poética. Ántes bien, siempre se me prevenia que la *impropiedad* en los nombres es la primera causa de los errores. En el mundo he observado despues lo mismo. Por regla general, siempre que la humanidad se ocupa de estudios serios, positivos, siempre que le interesa á toda costa buscar la verdad y comunicarla, desaparecen los melindres de la retórica y de la poesía; y, ¡cosa rara! cuando los hombres ignoran lo que dicen, ó tienen interes en engañarse mutuamente ó se ocupan de cosas fútiles, aparecen entónces, como por encanto, una multitud de exigencias literarias en nombre de la moral, de las costumbres y de la infalibilidad, y de todo lo que vd. quiera. Por eso la poesía amatoria no es más que jerigonza; véanse las "Voces del alma." Por eso gran parte de los discursos políticos no son más que palabrería; véanse las defensas de la reeleccion. Por eso. . . . pero si yo he pecado, al escribir en diálogos me veo comprometido á seguir mi instinto, mi íntima conviccion y las leyes de esta clase de composiciones. El legislador del diálogo. . . .

La Voz.—¿El Sr. Fernández?

El Nigromante.—No; ese señor tuvo la gloria de ser el inventor. El legislador del diálogo, un grieguecillo, despues de haber visto y escrito obras que todavía se leen, me impone el deber de hacerlo cómico, mordaz, atrevido, y sacrificando en los altares de la realidad hasta los más remotos bichos del mundo. Por eso ya abandono la retórica de la infalibilidad y del absolutismo á vd. y á los de su familia; por eso me rio de esa multitud de semidioses que mantiene el Erario y de los elogios que tambien el Erario paga; por eso juzgo la poesía erótica moderna, digna de la *Sociedad de Abelardo*; y por eso no envidio la literatura gastronómica de Tancredo.

La Voz.—¿Si acabará vd. por no creer en sí mismo!

El Nigromante.—Hasta ahora, que he llegado á no creer en

vd. no pierdo nada. Viles palabreros, que siempre que los pueblos se empeñan en reducir á la práctica un principio fecundo, se interponen con. . . . si en el incendio universal salvan algunos ídolos, me alumbraria con ellos la primera jornada.

Un padre (pellizcando al disimulo á *La Voz*).—Vamos, señora, y se ha quedado vd. sin misa.

La Voz, sin despedirse.—Ya le contaré á vd., padrecito. . . . verá vd. qué bien se lo bato.

El Nigromante.—Esa devota, si el padre la sorprende desnuda, le pedirá por pudor. . . . una hoja de higuera.

Julio 25 de 1871.

